

Ayer y hoy en la enseñanza y el aprendizaje

El ejercicio de la medicina sigue siendo un arte, la más noble de todas las artes; pero, debido a la ignorancia de quienes la ejercen y a la de quienes sin consideración alguna les juzgan, en el presente está muy atrás de las otras. Me parece que la equivocación surge principalmente de que no existen sanciones para el ejercicio de la medicina, sino solamente descrédito, y éste no daña a quienes ya están familiarizados con él. Tales personas son como las figuras dentro de un escenario en tanto que tienen la forma, el vestuario y la apariencia personal de un actor, pero no son actores; así también, médicos hay muchos —en títulos— pero muy pocos reales.

Quien desee adquirir un saber competente en medicina, debe de poseer las siguientes características: disposición natural, instrucción, ubicación favorable para el estudio, formación temprana, amor para el trabajo y entrega total. Primero que nada se requiere de un talento natural; cuando la naturaleza está en contra, todo lo demás será en vano; pero, cuando la naturaleza abre el camino hacia la excelencia, la instrucción tiene lugar y el estudiante se apropia de ella por medio de la reflexión convirtiéndose en alumno, iniciado en forma temprana y en un sitio bien adaptado para la instrucción.

El estudiante también deberá aportar amor al trabajo y perseverancia para que, al arraigar en él los conocimientos, produzcan frutos adecuados y abundantes.

La instrucción en medicina es como el cultivo de la tierra para la producción. Como si lo fueran: nuestra disposición natural es la tierra; los conceptos de nuestros maestros, la semilla; el ámbito en donde se comunica la instrucción, como el alimento que la atmósfera proporciona a las plantas; la diligencia en el estudio, como el cultivo de los campos; y el tiempo el encargado de dar fuerza y madurez.

Lo hasta aquí escrito constituye una lección para todos nosotros que nos decimos educadores, ya que se trata de la transcripción de La Ley, de Hipócrates —texto deliberadamente no entrecomillado— debido a que su vigencia en el tiempo debería de hacernos reflexionar seriamente, acerca de lo que las generaciones posteriores hemos agregado a estos fundamentos, descritos hace más de dos mil años, en el campo de la enseñanza y el aprendizaje de la medicina.

Al analizar la situación, pensamos que alcanzar el conocimiento ha sido, desde siempre, parte de la condición humana, que en su trasfondo lleva implícito todo aquello que ha permitido a nuestra especie alcanzar niveles que —para bien y para mal— han dado al humano la posibilidad de transformar pensamiento, moral, ecología y hasta paisaje.

En la historia del conocimiento humano, es un hecho conocido que Hipócrates, Diógenes, Euclides, Aristóteles y otros, incrementaron el acervo del conocimiento humano, sin contar con más instrumentación que su gran afán de saber y reflexionar en forma constante, sostenida e inteligente, sobre los conocimientos que las generaciones anteriores les habían transmitido, en forma precaria por medio de la comunicación verbal, papiros, pergaminos y otros medios de registro de las ideas, disponibles en la época. De igual forma, ellos mismos fueron producto de las culturas previas que ya contenían conceptos acumulados. Al conocerlos, ejercieron respetuosa duda, reflexionaron y paulatinamente construyeron niveles superiores del saber y, en el devenir de su inquietud, comunicaron, expusieron y rectificaron. En su actitud constante, en “La Academia” aprenden enseñando y enseñan aprendiendo. En sendos momentos sienten y realizan la necesidad de saber más, conocer mejor, comunicar con humildad y recibir con avidez, elevan-

do los estratos de su propio conocimiento, comprendiendo sin discriminación su ubicación de maestro-alumno, sin barreras limitantes de actitud. ¿Fue Platón discípulo de Sócrates? o también ¿aprendió éste mucho de aquél?

Al revisar y valorar su actitud, ante el deseo de aprender, debemos aceptar que nace aquí el concepto tecnológico actual de enseñanza-aprendizaje. Binomio de expresión acuñado por los psicólogos, profesionales del estudio de la condición humana, más que del saber, tan ampliamente acrecentado por esta especie biológica tan singular.

Parte de esta condición humana —con mayor frecuencia invocada para señalar fallas y aspectos negativos— es el alto grado de confiabilidad que damos a lo que se capta por medio de nuestros sensores; y, el aseverar en forma rotunda lo que vimos, oímos o sentimos y como necesidad inherente, la búsqueda de formas de extender las limitaciones de nuestro cuerpo —ayer en uso de la rueda, hoy en cohetes espaciales— el hombre va más lejos y con mayor velocidad; primero extiende su vista con una lente de aumento, ahora con microscopio electrónico; primero la auscultación directa, después el fonomecanocardiograma. Siempre produciendo mejores dispositivos de captación, pero siempre imperando la indispensable necesidad de demostrar que lo que ve, oye o siente es dato objetivo e irrefutable, como substrato denominador de esa condición humana reforzada, en nuestros días, por la aplicación *in extenso* del método científico que tantos beneficios ha aportado a los fundamentos de la biología y la patología, aplicados a la salud.

Para el proceso de enseñanza-aprendizaje, nuestras escuelas y facultades de medicina utilizan a las instituciones y a sus médicos. El médico-profesor, salvo

honrosas excepciones, no puede —ni quiere— dedicar tiempo ni esfuerzo al necesario precepto de enseñar-aprendiendo y menos aún a aprender-enseñando. El modelo que presenta a los jóvenes en formación es el del especialista, sabio y respetado, sobreocupado, que carece de tiempo; su actitud no está condicionada al diálogo con “multitudes de estudiantes” que le distraen de los mínimos asistenciales a cumplir en la institución en donde labora y simultáneamente enseña.

Recordemos que particularmente la medicina no se enseña, sino que se aprende del modelo que la ejerce. Nuestra profesión, con bases científicas sólidas, tiene un elevado grado de arte, en la relación médico-paciente y en la relación profesor-estudiante. Arte que debería de ubicarse dentro del conjunto de objetivos afectivos, psicomotores y cognoscitivos. Arte, para acercarse a cada paciente, captar su atención, afecto, confianza y respeto. Arte para captar directamente por interrogatorio y examen físico, los datos útiles para la valoración integral del individuo que sufre, brindándole la oportunidad de una atención médica total del verdadero médico de cabecera, en actitud comprensiva hacia el paciente; concepto antagónico a la atención médica consultativa, del médico que busca el diagnóstico “preciso e interesante” dentro del resorte de su propia especialidad.

Dentro del marco referencial de un concepto, que también nos llega de antaño, lo deseable sería que el médico-profesor se interesase más en sus pacientes —no en los casos— y que compartiese, a lo largo de sus horas de estancia en la institución, esta actitud con sus alumnos y que éstos se ocuparan y preocuparan durante su carrera de estudiar con la dedicación y constancia que la necesidad de aprender requiere, de un verdadero estudiante de medicina.

Dr. Julio A. Ibarra Urrea